







# LOS AÑOS DE ESPERA

CHAI EDITORA



Fumiko Enchi

# LOS AÑOS DE ESPERA

Traducción de MATÍAS CHIAPPE IPPOLITO

## Enchi, Fumiko

Título original: *Onna Zaka*

© Del texto, albaceas de Fumiko Enchi,  
1957

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Matías Chiappe  
Ippolito, 2025

Diseño de tapa  
Ese Estudio

Arte de tapa  
Uemura Shōen

Corrección  
Juan Nadalini

Corrección de la edición española  
Nicolás Cañete Dellamea

Diseño de colección, web e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición en España  
Febrero 2025

ISBN: 978-84-129405-1-0

Depósito legal: M-26993-2024

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)









## Primeras flores

Era una tarde a comienzos de verano.

En casa de los Kusumi, que le daba la espalda al río Sumida, en el barrio de Hanakawado en Asakusa, la madre, Kin, colocó unas clemátides blancas de la enredadera del jardín sobre el suelo de una de las dos habitaciones de la primera planta que había estado limpiado cuidadosamente por la mañana. Después se dio unas palmadas en la cadera, como si pensara *bueno, ya he terminado*, y bajó las escaleras oscuras.

Al pie de una ventana de varillas en una habitación de tres tatamis, justo al lado de la puerta, la hija, Toshi, enhebraba un hilo de coser en una aguja que brillaba ante la luminosidad del río que penetraba en la casa cuando vio que su madre entraba sosteniendo un papel para flores, laqueado y grueso.

—El reloj de los vecinos acaba de dar las tres. Parece que las invitadas vienen con retraso, ¿no, madre?

—¿Ya es tan tarde? Vienen de Utsunomiya en *jinrikisha*,<sup>1</sup> así que, aunque hayan dicho que llegarían por la tarde, puede que lo hagan al anochecer.

Kin se sentó ante al brasero *hibachi* de la habitación y encendió el tabaco que quedaba dentro de su larga pipa *kiseru* de bambú.

—Ha estado trabajando mucho por la mañana, madre, debe de estar muy cansada —dijo Toshi con una sonrisa sutil.

---

1 Nota del traductor: muchas de las palabras en japonés están definidas al final de este libro en un glosario.

Después sacó la delgada aguja de coser que tenía entre los pelos de su moño doble algo desarmado y la clavó en la almohadilla roja del porta ovillos. Luego desplegó la tela que estaba cosiendo, que parecía una elegante seda *hamachirimén*, la puso dentro de otro papel para envoltorio y cojeó unos pasos hasta su madre. Sintió que ella también necesitaba un descanso.

—Aunque limpie todos los días se acumula tanta basura en esta casa... —soltó Kin mientras estiraba las mangas ahora desajustadas de su kimono y las sacudía obsesivamente para quitar el polvo de sus bordes negros de satén. No se lo dijo a su hija, pero estaba orgullosa de haberse subido a un banquillo para quitar todo rastro de suciedad, desde la ventanita *ranma* en lo alto de la habitación hasta las hendiduras entre las barras de madera y el dintel.

—Me pregunto para qué vendrá la esposa del señor Shirakawa a Tokio —dijo Toshi, menos interesada en la limpieza que su madre, mientras se frotaba el contorno de los ojos, cansados por tanta costura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la madre desconfiada.

Kin aparentaba ser más joven de lo que era, y Toshi había pasado la edad de matrimonio sin casarse debido a su enfermedad. Más que como madre e hija, hablaban como hermanas. En ocasiones, Toshi incluso daba la impresión de ser más adulta que Kin.

—De paseo y de compras. Lo dice en su carta, ¿o no? —continuó la madre.

—¿Será así? —Toshi torció la cabeza hacia un lado como si hubiera otra razón—. Me pregunto cómo puede la esposa de alguien tan importante darse el lujo de venir sin preocupaciones de compras a Tokio. Shirakawa es un secretario relevante de gobierno, ¿no? ¿El que está inmediatamente debajo del jefe de la prefectura?

—Así es. Todos saben que es un hombre con mucha influencia —dijo Kin al tiempo que daba unos golpecitos a su pipa contra el borde del brasero—. Supo acomodarse muy bien en el mundo. Cuando vivía junto a nosotros y trabajaba en la gobernación de Tokio, nunca pensé que podría convertirse en alguien así. Pero bueno, ya era un hombre astuto en aquel entonces.

—*Precisamente*, madre —respondió Toshi casi como instándola a reaccionar—. Dejar a un esposo tan ocupado como el suyo y venir dos o tres meses a Tokio con su criada y su hija me resulta sumamente extraño. No es que tenga aquí la casa de sus padres ni nada por el estilo.

—Es cierto. Tanto ella como Shirakawa son oriundos de Kumamoto... Pero, entonces, ¿estás sugiriendo que...? —Kin se quedó mirando fijamente a su hija, como si no pudiera imaginar con exactitud lo que intentaba decirle—. No creo que se trate de un divorcio... No hay nada en la carta que dé indicios de eso.

—Es cierto que no hay indicios... —afirmó Toshi con un brillo profético en los ojos mientras se apoyaba la barbilla entre las manos y estas sobre el borde de madera del *hibachi*.

Aunque Kin estaba acostumbrada a las premoniciones de su joven hija coja, el hecho de que muchas veces se convirtieran en realidad le generaba una incomodidad siniestra. Se quedó mirando el rostro de Toshi como quien espera las palabras de una adivina, pero entonces la hija se alejó del brasero.

—Vaya una a saber —sentenció Toshi, inclinando la cabeza.

Una hora más tarde, la señora Tomo Shirakawa se bajó de un *jirikisha* frente a la casa de los Kasumi junto a su hija de nueve años, Etsuko, y a su criada, Yoshi.

Después de darse un baño caliente que le habían preparado para quitarse el polvo del viaje, Tomo bajó a la habitación de tres tatamis junto a la entrada para repartir los suvenirs que había

traído para Kin y Toshi: caquis disecados y laca Aizu, típicos de Fukushima, además de telas para kimono apropiadas para cada una de sus anfitrionas.

Kin no la había visto en cuatro o cinco años y ahora, Tomo, vestida majestuosamente con un *haori* de seda negro a rayas y sentada erguida con los hombros decorados por las insignias de su familia, en una postura que hasta parecía resaltar sus pechos, tenía el inconfundible aspecto de la esposa de un funcionario de gobierno. Su frente brillante y dorada era ancha, y tanto sus ojos como su boca dejaban espacios armónicos en torno a una nariz gruesa y bien formada. Nada en ella parecía susceptible de ser alterado por las trivialidades de este mundo. Y sin embargo en sus ojos, apenas abiertos como si sus párpados pesaran muchísimo, había una suerte de impaciencia que revelaba, más bien, que contenían un exceso de emociones. Aunque ambas mujeres habían tenido un vínculo cercano durante los dos años en que la señora Shirakawa había sido su vecina en Tokio, el peso de su mirada y su imperturbable forma de hablar y de actuar siempre le habían hecho sentir a Kin una distancia inquietante. No le reprochaba ser una persona pretenciosa o malvada. Si Kin, una chica de ciudad, lo hubiera tenido que describir en pocas palabras, habría dicho que Tomo se guardaba las cosas. Pero, ahora que su esposo había escalado tantas posiciones sociales desde aquellos años de juventud, esa misma solemnidad tenía un peso nuevo y le daba un aspecto extraordinario.

Etsuko sacudió su pelo, todavía demasiado corto como para que el moño quedara bien, sobre la caja de utensilios para el tabaco. Su mirada permaneció clavada todo el tiempo en la ventana de varillas y en la imagen del río, a la cual no estaba acostumbrada.

—Se ha puesto tan guapa —dijo Kin sin intención de que sonara a halago, si bien los gestos del blanco rostro de Etsuko eran hermosos y definidos.

—Se parece a su padre —agregó Toshi.

En efecto, con esas mejillas tan finas y una cara y un cuello así de agraciados, Etsuko era más parecida a Shirakawa que a Tomo. Se notaba que Tomo era una madre que imponía temor; su mero llamado en voz baja —“¡Etsuko!”— hacía que la niña, acobardada, regresara inmediatamente a sentarse a su lado.

—Me sorprendió que decidieras venir. Escuché que tu marido tiene ahora una posición similar a la de un jefe de prefectura. Debe ser muy demandante incluso para su esposa.

—En absoluto, no sé nada de sus asuntos —respondió Tomo sin hacer aspavientos.

No había en sus palabras el más mínimo rastro de la fanfarronería que le achacaban los cotilleos al señor Shirakawa, según los cuales vivía como un *daimyō* de otros tiempos.

Hablaron sobre los lugares que se estaban poniendo de moda, sobre los cambios en los peinados desde la última vez que se habían visto, sobre esa obra de teatro *kyōgen* que se presentaba en el teatro Shintomi, entre otros temas que fueron brotando como flores en su charla.

—Ahora solo quiero disfrutar de este tiempo aquí —dijo Tomo—. Aunque... a decir verdad... hay otro motivo que me ha hecho emprender este viaje...

Tomo dedicó unos instantes a acomodar una peineta roja en el pelo de Etsuko. Sus palabras habían sido tan despreocupadas que Kin no les había prestado demasiada atención. Pero le confirmaron a Toshi que la señora Shirakawa efectivamente tenía un asunto importante que resolver. En la forma de actuar de Tomo, tranquila e imperturbable, parecía haber algo inusitado que la anclaba a ese lugar.

Al día siguiente, Toshi, que casi nunca salía de casa, invitó a Etsuko a visitar el templo a Kannon como agradecimiento por los

regalos que le habían traído. La niña aceptó encantada y salieron junto a la criada Yoshi.

—Al regresar podrías comprarle un *ezōshi* o algún otro libro ilustrado en el mercado frente al templo —le dijo Kin a su hija cuando las acompañó a la puerta para despedirlas. Después subió inmediatamente las escaleras hasta la primera planta.

Tomo, sentada en la habitación, sacaba ropa de un cesto de mimbre que había traído. El cielo, con algunas nubes blancas desperdigadas aquí y allá, se reflejaba en la superficie del río más abajo y expandía una luminosidad blanquecina dentro de las habitaciones contiguas de la primera planta.

—¿Ya estás trabajando? —preguntó Kin, arrodillándose ante la entrada de la habitación en la galería de madera.

Tomo continuó su movimiento lento de guardar uno a uno los kimonos en el cesto.

—Etsuko ya está mayor y me pide que traiga esto, que lleve aquello... Hace que viajar se transforme en una molestia. Claro, no es ella la que tiene que solucionarlo... En fin. ¿Estás ocupada ahora?

Tomo dijo esto de rodillas mientras hundía el *hachijō* de seda de Etsuko en el cesto, de modo que no se veía su rostro. Kin había subido precisamente para hablar con ella, pero las palabras de Tomo le generaron una duda incómoda.

—No estoy ocupada. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Si estás ocupada no tiene que ser ya mismo, pero aprovechando que Etsuko ha salido... ven un segundo aquí, por favor —dijo Tomo, relajada como siempre, mientras apoyaba una almohadita sobre uno de los tatamis —. A decir verdad, hay un favor que me gustaría pedirte mientras esté aquí.

—¿Qué sucede? Si está dentro de mis posibilidades, por supuesto que lo voy a hacer.

Kin dijo esto con firmeza, pero dentro de ella no podía imaginar lo que Tomo, con las manos apoyadas sobre las rodillas

y la cabeza inclinada, iba a pedirle. En el rostro de Tomo, una línea delgada flotaba desde sus mejillas hasta la comisura de los labios, como si fuera una sonrisa apenas perceptible.

—Es algo bastante particular —dijo Tomo elevando el brazo para acomodarse el pelo tras la oreja. Su peinado estaba siempre arreglado, pero le molestaba tanto que un solo mechón estuviera fuera de lugar que tenía el hábito de tocárselo a cada momento.

En ese preciso momento, Kin se dio cuenta de que el asunto estaba vinculado con otra mujer. Cuando los Shirakawa eran sus vecinos, ella veía que en su casa entraban y salían mujeres, y que eso a Tomo le causaba una gran angustia. Ahora que el esposo había alcanzado una posición tan alta, estaba segura de que esas situaciones se habían vuelto más recurrentes. Sin embargo, iba en contra de la etiqueta de una persona de ciudad adentrarse en esos temas a partir de una mera suposición, así que mantuvo una expresión de duda deliberada.

—¿Qué sucede? Por favor, no dudes en contármelo.

—Bueno, dado que tengo que pedirte este favor de todas formas...

Otra vez una sonrisa tenue, como la de una máscara femenina de teatro *noh*, se asomó en los labios de Tomo.

—Estoy buscando una criada que podamos llevar de vuelta con nosotros. Una chica de entre quince y diecisiete años, quizá dieciocho... en lo posible de buena familia... y debe tener rasgos muy bellos.

Al pronunciar esas últimas palabras, la sonrisa en sus labios se manifestó por completo y sus ojos, bajo sus párpados gruesos, soltaron un resplandor honesto y acorde a la situación.

—Entiendo —respondió Kin. Y al oír el tono poco sincero de su voz bajó la cabeza. Le bastaron aquellas palabras para corroborar el presentimiento que Toshi había tenido el día anterior.

Soltó una larga bocanada de aire, que también podría haber sido un signo de asentimiento o un suspiro, y solo después siguió hablando—: Supongo que cuando alguien se convierte en lo que Shirakawa se ha convertido esas cosas se tornan... necesarias, ¿no?

—Eso parece. Es lo que la sociedad espera de un hombre como él.

Para Tomo lo que ella misma acababa de decir era mentira: estaba reteniendo los impulsos que brotaban de su pecho.

A su esposo se le había ocurrido la idea de traer una amante a casa aproximadamente un año antes. En diversos eventos sociales en los que siempre había alcohol, los oficiales de rango más bajo que solo buscaban complacer al señor Shirakawa le soltaban insinuaciones a Tomo del estilo “Qué raro que no necesiten una criada en una mansión como esta”, o “El secretario es un hombre tan ocupado, señora Shirakawa, debería dejarlo cambiar de almohada de vez en cuando para que descanse mejor”. Al ver que Shirakawa, que detestaba que sus subordinados le faltaran el respeto, no reprendía a esos hombres por los comentarios imprudentes que le dirigían a su esposa, Tomo se dijo por primera vez que su esposo los estaba utilizando para transmitirle a ella un pedido. Sabía a la perfección que Shirakawa era un mujeriego empedernido. De hecho, el amor puro que había sentido durante los años previos al matrimonio ya no existía. Sin embargo, avezado y viril, todavía le resultaba un esposo cautivante.

Nacida dentro de una familia samurái de bajo rango del clan Hosokawa, Tomo se había casado precipitadamente durante el caos previo a la Restauración de 1868 y no había obtenido la suficiente educación ni preparación que le demandaba, ahora, lidiar con los asuntos sociales y domésticos de un esposo con una posición como la del suyo. Sin embargo, siempre severa



consigo misma, había elegido ser sumamente cuidadosa con las tareas de la casa y respetar a su esposo y su hogar. Su amor y sabiduría estaban volcados a la vida diaria de los Shirakawa, cuyo centro ocupaba su esposo.

Precisamente por esa razón Tomo aparentaba más años de los que en realidad tenía. Aunque no era una belleza, era bastante atractiva y más atenta que la mayoría de las mujeres a su aspecto, lo que le otorgaba la apariencia física de una mujer de su edad. Sin embargo, su temperamento severo, que nacía en ella por instinto, hacía que se tomara demasiado en serio sus responsabilidades. Tampoco le gustaba ostentar esa sensualidad madura que lucían algunas mujeres. El señor Shirakawa solía sorprenderse al vislumbrar en su esposa, no a la mujer diez años menor que era, sino a una hermana mayor. Pero sabía mejor que nadie que bajo el cutis grueso de Tomo la sangre ardía como aceite en ebullición. Había momentos en que el ardor reprimido de su esposa le generaba un efecto todavía más incandescente. Le recordaba al sol implacable de verano que refulgía en su Kyushu central, donde habían nacido. Una noche estival, durante los años en que él todavía trabajaba en Yamagata, una pequeña serpiente se había metido dentro de la mosquitera donde dormían. Shirakawa se había despertado de repente con la sensación de que algo frío y húmedo se movía por la parte delantera de su *yukata*. Desconcertado, había tocado esa cosa que serpenteaba por su pecho. Se había levantado de la cama dando un grito, tras lo cual Tomo, igualmente espantada, también se había incorporado. Tras coger el plato con la vela de la mesa de noche, había apuntado en dirección a su esposo y había visto una especie de cordón negro y brillante que colgaba y se retorció desde el hombro de él.

—¡Una serpiente! —había gritado el señor Shirakawa.

Medio dormida, Tomo había atrapado el cordón de un mantazo antes de que su esposo terminara de decir esas palabras.

Tropezando con él, había avanzado hasta el balcón para arrojar la criatura al jardín desde la ventana abierta. El cuerpo de Tomo temblaba, pero de sus pechos, visibles a través de su ropa de noche, y de sus manos abiertas brotaba el aroma de esa vitalidad que ella se esforzaba tanto por esconder día a día.

—¿Por qué la has tirado? Deberías haberme dejado matarla —la había regañado él.

Había sido a partir de aquel momento, al sentir esa pasión que emanaba de su esposa, que al señor Shirakawa le empezó a resultar cada vez más difícil verla con los ojos del deseo. No podía aceptar el incómodo hecho de que ella tuviera una fortaleza superior a la suya.

—Llamarla concubina sería demasiado. Después de todo, sería una criada a tu servicio. Es buena idea tener en casa a una chica joven, educada y predispuesta a quien puedas encargarle lo que necesites cuando salgas a socializar. No es mi intención traer a una geisha o a alguien que pueda alterar nuestras buenas costumbres. Esta chica quedaría por completo a tu cargo. Lo que quiero es una jovencita... inocente. También dejo la búsqueda en tus manos. Con esto deberías poder cubrir los gastos.

Shirakawa le había entregado una sorprendente cantidad de dinero.

Tomo, que hasta ese momento se había desentendido siempre de lo que decía la gente, sentía que ya no podría hacerlo ante aquellas palabras de Shirakawa. Si se negaba a cumplir con esa obligación, su esposo, enfadado, traería a una mujer a su casa de cualquier modo. Las palabras “dejo la búsqueda en tus manos” encerraban, nada más y nada menos, la confianza que él depositaba en ella y en su lugar en la familia. Aquella misteriosa confianza le había oprimido a Tomo fuertemente el pecho al llegar junto a Etsuko y Yoshi en *jinrikisha* a casa de los Kasumi, las tres contentas de visitar Tokio.

—Ya veo. Tengo una amiga sastre que suele intervenir en este tipo de asuntos, se lo preguntaré lo antes posible.

Kin no sintió demasiada empatía por el peso que atormen-  
taba al corazón de Tomo y, como era debido, cambió de tema. Ella era hija de una familia de comerciantes de arroz de Kura-  
mae y estaba acostumbrada a actuar siempre con aires de mujer  
de la gran ciudad, o de una importante familia samurái de los  
años del *shogunato*, así que no le sorprendía para nada que un  
hombre que había alcanzado cierto estatus social quisiera tener  
una o dos mujeres de compañía. Tal y como ella veía las cosas,  
los celos de una esposa en tal situación se verían modificados  
por un orgullo natural ante tal signo de la creciente prosperidad  
de la familia.

Por la noche, cuando Kin estaba acostada junto a Toshi, le  
habló sobre la situación, en voz baja y con los ojos mirando ha-  
cia la primera planta.

—Me da lástima —dijo la hija con voz sombría.

Kin se quedó pasmada.

—Pobre señora —continuó—. Dijiste que se había conver-  
tido en una mujer distinguida desde el último encuentro, pero  
su distinción proviene del sufrimiento. Me di cuenta de eso des-  
de el momento en que se abrió nuestra puerta y vi su rostro.

—A las personas afortunadas también las persigue la des-  
gracia —agregó Kin sin darle importancia—. De cualquier  
modo, quiero ayudarla a dar con una chica agradable. Su ma-  
rido dijo que, de no encontrar una joven inocente, una geisha  
en formación también le serviría, siempre y cuando no hubiese  
perdido aún su pureza...

Lejos de la residencia oficial de la prefectura, donde cada habi-  
tación era fría y silenciosa como los dormitorios de un templo,  
Etsuko estaba encantada con la primera planta de esta casa que

desplegaba ante sus ojos el extenso paisaje del río Sumida y desde donde se escuchaban durante todo el día los vagos ruidos de los barcos y el susurro de las olas. Siempre que la criada Yoshi estaba ocupada, ella salía por la puerta trasera hasta el muelle y se quedaba contemplando el movimiento delicado del agua que jugueteara bajo sus pies, a la vez que entregaba sus oídos a los gritos enérgicos de los marineros cuyos barcos avanzaban atareados.

En una de esas ocasiones, Toshi asomó su rostro pálido a través de las varillas de la ventana.

—Ten cuidado de no caerte, pequeña Etsuko —gritó.

También ese día Kin y Tomo habían salido juntas.

—No me va a pasar nada —respondió Etsuko sonriente.

Sobre su rostro armonioso y delgado, propio de una chica de más edad, caía la cinta roja de un encantador moño que colgaba de su pelo.

—Ven, pequeña. Tengo algo que va a gustarte.

—¡Voy! —dijo Etsuko obedientemente, mientras agitaba las mangas rojas de su kimono a rayas y regresaba en dirección a la ventana.

En un pedazo de tierra suave bajo la ventana crecían, enroscadas en cinco o seis varas de bambú, las campanillas que Kin cuidaba con mucho esmero. Vistos desde afuera, a Etsuko le pareció que el rostro de Toshi y el bordado que tenía desplegado eran distintos de cuando los había antes, dentro de la casa. Toshi sacó uno de sus delgados brazos a través de la ventana de varillas y agitó ante los ojos de Etsuko un mono de seda roja que sostenía entre los dedos.

—¡Qué bonito! —exclamó Etsuko, aferrándose con ambas manos a la ventana y con la mirada fija en el mono del que colgaba una cuerda.

Sonreía tan feliz e inocentemente que Toshi se dijo que, aunque su madre no estuviera allí, la niña no la echaba de menos.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó Toshi mientras la niña jugaba con el mono.

—Tenía cosas que hacer... —respondió Etsuko.

—¿Y no la echas de menos?

—Sí... —respondió, y sus ojos se llenaron de vitalidad—, pero tengo a Yoshi.

—Por supuesto, también está Yoshi... —dijo Toshi con un cabeceo—. ¿Tu mamá está igual de ocupada cuando está en casa?

—¡Sí! —respondió Etsuko, enfática—. Nos visitan muchas personas.

—Oh. ¿Y tu papá también sale mucho?

—Sí, va a la oficina de la prefectura todo el día. A veces lo invitan también por las noches o viene gente a verlo a casa, así que no nos cruzamos en todo el día...

—Ya veo... ¿Y cuántas criadas tenéis?

—Tres. Yoshi, Seki y Kimi. También está el cuidador de caballos y un estudiante que nos ayuda con los deberes.

—¡Qué familia tan grande tenéis! No me extraña que tu mamá esté tan ocupada.

Toshi detuvo la aguja y desplegó una sonrisa. Intentó imaginar a la mujer que Tomo había venido a buscar a Tokio y pensó en los cambios que traería en la vida de Etsuko.

Mientras Toshi y Etsuko conversaban, Tomo y Kin estaban reunidas con un geisha masculino llamado Zenkō en la primera planta de una casita al lado del río Uzuki, en Yanagibashi.

Kin trataba a Tomo como si fuera su ama y se mantenía permanentemente en segundo plano. Zenkō había sido vasallo de un *shogun* venido a menos, lo cual lo había transformado en un hombre franco e inteligente, capaz de hablar con su vieja amiga Kin con un tono distinto de aquel asociado a su profesión actual.

—Por lo que me acaban de contar, va a ser bastante difícil. Pero tenemos a cuatro o cinco chicas muy bellas que pueden servirles. Vendrán en un rato.

Zenkō hizo girar entre sus dedos una delgada pipa plateada, como si no supiera bien qué hacer con ella. Se preguntó en qué clase de lugar vivía un hombre capaz de enviar a su esposa en busca de una concubina y se repitió que por esas cosas detestaba las regiones de las provincias. Sin embargo, al ver a Tomo percibió en ella algo ceremonioso, que no era ni soberbia ni obsesividad, algo que no parecía de ningún modo fuera de lugar y que no podía ser descalificado ni ridiculizado; una suerte de orgullo por lo tradicional que también sobrevivía en él.

—De todas formas, aunque a nosotras nos parezca una buena chica, en realidad no sabemos bien cuál sería la opinión de un caballero —comentó Kin, quien tenía un buen paladar para la bebida. Devolvió a Zenkō el vasito de sake que le había servido y miró en dirección a Tomo.

—Vale, pero no se dejen guiar innecesariamente por mí. Las estudiantes de hoy en día, por ejemplo, con su flequillo exagerado y esas sombrillas tan poco japonesas... me disculparán, pero yo...

—Entendemos, Hosoi-san —comentó Kin, llamando a Zenkō por su nombre de otros tiempos—. No estamos buscando una chica que venda fantasías a extranjeros. Pero estamos seguras de que habrá entre sus jovencitas alguna aprendiz de geisha que sea atractiva y digna de un *ukiyo-e* de Eisen.

—Me refiero a que yo soy demasiado directo con esas chicas y por eso me detestan.

Cuando terminó de hablar, se oyeron pisadas en las escaleras que conducían al altillo.

—Buenas noches —dijeron unas voces al entrar.

Acompañadas por una geisha mayor y de renombre, cuatro o cinco jovencitas se amontonaron y entraron juntas a la habitación.

—¿Los hemos hecho esperar? —preguntó la mayor a Zenkō y empezó a tocar unas notas en un *shamisen* que le entregó una de sus sirvientas desde afuera.

Zenkō les había dicho que la esposa de un importante oficial de las prefecturas quería ver una hermosa danza de geisha como recuerdo de su viaje a Tokio, de modo que les encargó, también, vestirse con prendas de *kabuki* que normalmente no habrían llevado para un compromiso diurno.

Finalizada una melodía introductoria, las jóvenes geishas empezaron a bailar por turnos en parejas. Aquellas que no bailaban se acercaban a Tomo, acomodaban los platos de comida y servían sake. Tomo no bebía sake, pero, sin nada más en que ocupar sus manos, sostenía el *sakazuki* ante sus labios mientras contemplaba a las bailarinas y a las jóvenes geishas que conversaban a su lado con Zenkō y Kin.

Debían de tener unos catorce o quince años. Dos eran tan hermosas como una flor de ciruelo y una de cerezo, pero, entre los movimientos de baile, la primera dejó ver su mano oscura y desnutrida, mientras que a la otra se le marcaban arrugas a ambos lados de su afilada nariz cuando sonreía, algo que le daba aspecto de garza. Solo de pensar que una muchacha como aquella pudiera entrar a su casa y envejecer allí le hizo sentir a Tomo, primero escalofríos, y después gratitud de que su marido le hubiese encargado a ella la elección.

Cuando las jóvenes geishas se marcharon, Tomo le contó a Kin lo que había visto. Zenkō intervino inmediatamente.

—Usted sí que tiene un buen ojo, señora.

Kin, que ya había acompañado a Tomo a buscar mujeres varias veces durante los últimos días, a veces se sentía menos sorprendida que asustada por el ojo minucioso y penetrante de su amiga. Le desconcertaba que Tomo, alguien que jamás competía con los demás ni hablaba mal a sus espaldas, pudiera, en

una situación así, hacer una valoración tan minuciosa de otras mujeres.

Lo mismo había ocurrido con la muchacha que Oshige, de la tienda de decoraciones, les había presentado describiéndola “como su propia hija”. De facciones elegantes y hablar sereno, Kin la habría contratado de inmediato, pero Tomo había negado con la cabeza.

—Nos dijeron que tiene dieciséis, pero tiene por lo menos dieciocho. Además, no parece lo suficientemente inexperta — había concluido con severidad.

En efecto, después se habían enterado de que la chica había tenido un amorío con el esposo de su hermana mayor, un artesano.

—Me pregunto cómo te das cuenta —le había preguntado Kin, sorprendida.

—No siempre he sido así... —había sido la respuesta de Tomo. Después, tras bajar la vista, había soltado un suspiro que pareció un lamento.

Tomo había sido testigo de las diversas infidelidades del señor Shirakawa y, de esa forma, había desarrollado un ojo penetrante para observar la verdadera naturaleza de las mujeres. Kin, que siempre había tenido dificultades para comprender las obsesiones y angustias de los otros, empezaba a dilucidar, mientras acompañaba a Tomo en busca de una concubina, a qué se refería su hija Toshi al mencionar “la distinción que proviene del sufrimiento”.

Tomo estaba sentada al lado de su mesa de noche, mirando unas cuantas fotografías de mujeres, cuando Etsuko se acercó silenciosamente a su lado y empezó a observarla.

—Qué mujeres tan guapas. ¿Quiénes son, mamá?

La cinta roja sobre su pelo se deslizó hacia un costado.



Tomo no respondió, pero le entregó dos o tres fotografías.

—¿Cuáles te gustan, Etsuko? —preguntó.

—A ver...

Etsuko desplegó las fotos como un abanico.

—Esta —dijo añiadamente, y apuntó a la fotografía del centro.

Era un retrato de medio cuerpo, con fondo blanco, de una chica de catorce o quince años. Tenía los brazos cruzados y uno de esos moños *momoware* que estaban tan de moda. Sus pupilas, llamativamente grandes y similares a dos perlas negras, parecían querer esconderse bajo la línea de su pelo. Sacudieron el corazón de Etsuko con su belleza.

—Así que... coincidimos —dijo Tomo sorprendida. Cogió la fotografía y le dedicó una última mirada.

—¿Quién es, mamá? —preguntó Etsuko.

—Ahora no importa... de todas formas muy pronto vas a enterarte —respondió Tomo con calma, mientras apilaba los retratos.

Habían recibido esas fotografías dos o tres días antes de parte de Zenkō Sakuragawa, el geisha de Yanagibashi.

La elección de Tomo había resultado tan difícil que, incluso pasado un mes desde su llegada a casa de Kin, no había encontrado ninguna concubina sobre la cual informarle a Shirakawa. Había escrito cartas a su esposo en las que, con dificultad, le explicaba que no iba a aceptar a nadie que no le transmitiera la sensación de que podría satisfacerlo por completo. Shirakawa siempre le respondía que no había necesidad de apresurarse, y que era mejor tomar la decisión con la meticulosidad que el caso requería. Aun así, cuando la temporada de lluvias empezó a ceder y llegó la festividad *Bon*, Tomo comenzó a impacientarse. Le preocupaba no solo su esposo sino también la condición de su hogar, al que no iba desde hacía tiempo.

En ese preciso momento había llegado aquella nueva comunicación de Zenkō. Junto con las fotografías, le decía a Kin que estaba convencido de que esta vez la esposa del señor Shirakawa quedaría totalmente satisfecha.

La muchacha en cuestión se llamaba Suga y era la hija de un comerciante de láminas de bambú del barrio de Kokuchō. Tenía quince años y era experta en danza Nishikawa; la practicaba desde pequeña. Incluso en aquellos años, siempre que salía ante el público en los ensayos todo el mundo destacaba su belleza. Tanto su madre como su hermano mayor, ahora el jefe de la familia, tenían una excelente reputación, pero en los últimos años habían perdido mucho dinero por culpa de algunos empleados deshonestos. Se habían visto abocados a deshacerse de la tienda o a convertir a su hija en geisha. Jamás habían considerado la posibilidad de que ella fuera la concubina de un hombre rico. Sin embargo, la maestra de baile de la muchacha era amiga de Zenkō y había oído hablar del señor Shirakawa. Su madre y su hermano habían decidido ofrecer a Suga. Empezaban a pensar que un hombre como Shirakawa podía ser beneficioso para la muchacha, que no estaba condenada a terminar hundida en los negocios turbios del barrio rojo.

—Es una chica con un temperamento dócil y una piel sumamente blanca para alguien de Tokio —había dicho la maestra de danza Nishikawa—, tanto que cuando visita algún baño público es objeto de contemplación hasta para las niñas.

En dos o tres días habría un ensayo abierto en casa de la maestra de baile en el que Suga bailarían *Ciruelos de primavera*, así que Tomo y Kin decidieron ir con Zenkō. Habían dicho que estaban interesadas en la danza pero en realidad querían observar a la muchacha. La casa de la maestra quedaba en un callejón que atravesaba el distrito comercial de Kokuchō. La fachada era estrecha, pero en la primera planta había un escenario de baile.

Cuando Tomo y los demás subieron, unas jovencitas ya estaban bailando esa famosa canción llamada *Gorō* mientras la maestra tocaba el *shamisen*.

Al ver a Zenkō, la maestra, sin detener su instrumento, bajó la mirada y sonrió. El interior de su boca era oscuro porque sus dientes estaban teñidos de negro, lo que resaltaba la vitalidad acuosa de sus ojos. Kin, Tomo y Zenkō habían calculado el tiempo para llegar justo cuando Suga apareciera ante el público, pero como llegaron unos minutos antes se quedaron observando casualmente a las chicas que miraban el espectáculo apiñadas en esa pequeña habitación. Todas llevaban *yukata* informales con *obi* rojos en la cadera, pero destacaba la belleza de una chica en particular que estaba sentada cerca del borde del escenario. Mientras las demás agitaban sus abanicos, ella se mantenía firme, al parecer inmune al calor. Estaba muy desarrollada para ser una chica de quince años, pero parecía idéntica a las fotografías. Su piel era blanca como el papel *hōsho* y su pelo, pesado y abundante, enmarcaba un rostro níveo y abrigado y hacía que sus cejas y sus ojos resultaran nítidos, como si la composición entera hubiese sido maquillada para lucirse en un escenario.

Sorprendida, Tomo se quedó mirando fijamente en dirección a Suga. Era bella, pero su rostro no traslucía ni un destello de su espíritu. Y, aun así, Tomo percibió que se trataba de un espíritu impoluto. Hablaba con sus compañeras en un tono sumamente tenue y con la cabeza siempre baja, y al escuchar a sus interlocutoras lo hacía con una sumisión casi instintiva.

Cuando finalizó *Gorō* la maestra entregó el *shamisen* a su asistente.

—La siguiente es Suga-san —dijo. Se puso de pie y avanzó en dirección a Tomo y a los otros dos.

Como era de esperarse, la chica, que había estado bajo la vigilancia de Tomo, caminó hacia el escenario algo rígida y con el dobladillo del kimono entre las manos.

—Es ella —les dijo la maestra a Tomo y a Kin cuando el *shamisen* comenzó a oírse otra vez de fondo—. Es tan dócil... Estoy segura de que va a poder entrenarla sin ninguna dificultad.

Era una muchacha de rasgos sumamente bellos, pero transmitía un aire melancólico, y quizá por eso, aunque había memorizado bien los pasos, su baile no se destacaba. No le gustaba mostrar sus talentos ante los demás y, aunque había aprendido a darles protagonismo a sus dotes artísticas sobre todo para beneplácito de sus padres, le habría resultado imposible vivir de ello debido a su naturaleza retraída. La bulliciosa vida de ciudad no armonizaba con su personalidad y, seguramente, su corazón estaría más alegre en un lugar tranquilo donde contemplar los campos verdes o la extensión de los ríos. La maestra dijo estas cosas poco a poco mientras observaban bailar a Suga. Agregó que la madre de la muchacha era devota de su hija y que, cuando le había hablado acerca de Shirakawa y ella había comprendido que su hija tendría que irse lejos, a Fukushima, se había echado a llorar inmediatamente. La madre le había transmitido entonces a la maestra que, aunque los Shirakawa aceptaran a Suga y decidieran llevársela, quería primero hablar con la esposa de la familia, puesto que el futuro de su hija dependería de su buena voluntad. Todo el intercambio se había dado mayormente entre la maestra, Kin y Zenkō, pero a medida que estas palabras iban decantando en Tomo mientras observaba bailar a Suga, ella se había sentido identificada con el cariño que esa madre demostraba por su hija más que con cualquier historia sobre madres e hijas que había escuchado hasta entonces. *La hija de una madre así no debe tener grandes defectos, pensó. Esta muchacha es tan honesta que, se dijo también, si viene conmigo a Fukushima*

*yo podría enseñarle lo que sea.* Tomo era apenas una aficionada en la danza y no podía juzgar con precisión, pero los pesados movimientos de Suga parecían los de alguien a quien le están moviendo las extremidades desde arriba, lo que le quitaba magnificencia al baile a pesar de la correcta ejecución. *Eso también es bueno,* pensó Tomo. Detestaba las personalidades fuertes y resolutas de las mujeres que siempre la visitaban. Pero una muchacha con un rostro y un cuerpo espléndidamente jóvenes y con un corazón hundido en la melancolía... A Tomo le resultó el tipo de mujer ideal para que fuera su *sombra* en la casa.

—¿No le parece perfecta? —preguntó Zenkō en cuanto salieron del callejón tras emprender el regreso. Dijo esto sin ánimos de pretensión, pero su tono de voz era arquetípico de un hijo de *shogun* como él.

Tomo empezó a sentir que fácilmente podría empezar a llamarlo “Hosoi-san”.

—Una muchacha así no puede convertirse en geisha. Nadie quiere a una jovencita tan deprimida —continuó Zenkō.

—Nadie, ¿verdad? Pero es tan hermosa... —comentó Kin.

—La belleza no lo es todo. Lo que le adelanto, señora, es que en diez años esa muchacha va a alcanzar su florecimiento máximo. Solo tenga eso en cuenta.

—Probablemente...

El cuerpo de Tomo tembló como un castaño tocado por una espada gélida recién salida de su vaina. Ya había sentido ese temblor antes, mientras Suga bailaba.

Al observar el cuerpo inocente y algo infantil de Suga sobre el escenario, su cabeza inclinada, su cuerpo curvo, sus poses variadas y encantadoras mientras representaba una historia de amor entre un hombre y una mujer, Tomo no pudo evitar preguntarse cuánto cambiaría aquella muchacha inmadura una

vez que llegara a su mansión y empezara a ser entrenada por las manos expertas de Shirakawa, tan hábil en seducir mujeres. Tomo cerró los ojos y respiró hondo, pero entonces una visión de su esposo y de la joven con las piernas de ambos piernas entrelazadas centelleó en su mente; sintió que la sangre le subía a la cabeza y abrió los ojos de nuevo como si quisiera disipar una pesadilla. Una pena profunda se apoderó de su corazón al ver el destino de aquella muchacha revoloteando ante sus ojos como una enorme mariposa, a la vez que un fervoroso torrente de celos le recorrió todo el cuerpo.

Mientras no encontraba una joven que le gustara, la impaciencia de la búsqueda había mantenido su corazón vacío, pero de repente, como si hubiera roto un largo ayuno, se adueñó de ella un hambre voraz. El dolor de tener que contemplar abiertamente cómo su marido estaría en posesión de otra mujer le quemaba el cuerpo. Para Tomo, un esposo como el suyo a quien no le preocupaba infligir tal sufrimiento a su esposa, era tan desalmado como un demonio infernal. Sin embargo, ella se había impuesto como credo de vida el servir a su marido como si fuera el mismísimo Cielo, por lo que ir en contra de las demandas que él había impuesto habría significado para ella la perdición absoluta. Además, el amor que sentía por ese hombre despiadado era todavía más fuerte que la devoción por su credo. Siempre la había atormentado la entrega sin retorno de su amor no correspondido, pero incluso entonces no pensó ni siquiera una vez en dejar a Shirakawa. Por supuesto, el estatus y la fortuna de él, así como el futuro prometedor de su hijo mayor Michimasa que había sido confiado a parientes en otra provincia, eran lazos que mantenían a Tomo atada. Pero, además, había en ella un propósito más profundo: lograr que su esposo comprendiera en algún momento, sin importar el sacrificio, cuáles eran sus verdaderos deseos y emociones. Sentía que nadie salvo Shirakawa podría jamás comprenderlos.

Al imaginar que otra mujer, esa muchacha llamada Suga, se entrometería entre ella y su esposo, Tomo sintió que él, que a veces ni siquiera escuchaba lo que ella decía, se alejaba hacia un lugar cada vez más distante. Le envió la foto de Suga a Shirakawa y, la misma noche en que recibió su respuesta, soñó que lo asesinaba. El sonido de sus propios gritos la despertó espantada en medio de la noche. Incluso después de despertarse sintió en sus manos apretadas la fuerza que había ejercido en sueños para ahorcarlo. Estaba tan asustada de sí misma que se irguió en el futón y permaneció un rato abrazándose el cuerpo con los brazos.

A su lado, bajo la luz de una lámpara de papel a punto de apagarse, las mejillas suaves y rebosantes de Etsuko, que dormía plácidamente, parecían más blancas que de costumbre. El hecho de que su hija fuera tan madura para su edad le hizo sentir a Tomo que su rostro inocente era todavía más adorable mientras dormía. Tomo había hecho lo imposible por no consentirla durante la crianza, así que Etsuko había resultado una niña más acostumbrada a las sirvientas y los amigos de la familia que a su madre. La hija no podría saber, siquiera en sueños, que Tomo se había despertado de una pesadilla en medio de la noche ni que, cubierta de sudor, la estaba contemplando entre lágrimas como un manantial solitario en un desierto ardiente.

El día en que Suga y su madre visitaron la casa de los Kasumi por primera vez, Etsuko, a quien Tomo y Kin le habían dicho que Suga las acompañaría a Fukushima, se quedó pasmada y se colmó de felicidad ante la belleza de la jovencita.

—Qué guapa es. Es la muchacha de la foto, ¿verdad? ¿Qué va a hacer en casa? —preguntó Etsuko.

—Va a ayudar a tu padre —respondió Tomo evitando la mirada de su hija.

—¿Al igual que Seki?

—Algo así.

Etsuko se dio cuenta de que, si seguía preguntando, su madre la regañaría, así que se quedó en silencio. También Yoshi, a quien Tomo había pedido que guardara estricto silencio, evitó emitir palabra acerca de Suga.

Envuelta en sentimientos contradictorios, Tomo debía hablar cara a cara con la madre de Suga. Esta, de contextura pequeña, mejillas gordas y nariz respingona, no se parecía en nada a su hija. Parecía avergonzada por tener que entregar a Suga a cambio de dinero. Le confió a Tomo, como si ella fuera su único sostén emocional, que su hija tenía un cuerpo débil y que todavía no se había convertido en mujer.

—Pero me siento más tranquila sabiendo que estará en manos de una esposa tan buena y generosa —le dijo la madre de Suga a Kin—. La señora Shirakawa hasta me aseguró que, si en el futuro su esposo ya no siente interés por mi hija, hará algo al respecto.

Al escuchar a la madre de Suga hablarle a Kin con tanta franqueza mientras ella escuchaba, Tomo se prometió que, sin importar lo que ocurriera, jamás pondría a la muchacha en riesgo. Tenía que pensar incluso en la seguridad futura de aquella mujer que iba a robarle el amor de su marido. Algunas veces, Tomo se reía con tristeza de un destino tan contradictorio. En esos momentos, sentía que se liberaba fugazmente de los lazos emocionales que la ataban y se permitía ver a su marido, a Etsuko y a Suga bajo la misma mirada contemplativa.

Una mañana, dos o tres días después del festival *Bon*, Tomo y su grupo, Suga incluida, partieron de la casa de los Kasumi en cuatro *jinrikisha*. Suga, con el *obi* de seda atado a la cadera de sus ropas a rayas, color violeta, no se despegó de Etsuko durante toda la primera mitad del trayecto.

—Parece que la pequeña está encantada con ella. Qué bien —dijo Kin mirando a su hija, mientras se quitaba el *tasuki* de los hombros.



Toshi cojeó hasta debajo de la ventana, donde abrió la caja de costura.

—Ese Shirakawa es un hombre perverso —afirmó—. Me dan tanta lástima su esposa, su hija y Suga-san, que hasta tengo ganas de llorar. Dicho esto, se frotó el contorno de los ojos con las yemas de los dedos y colocó el *kukedai* para el bordado entre las rodillas.